

CRONICA DESDE SIGÜENZA

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

He venido a Sigüenza a la conquista del tiempo perdido, porque sólo aquí podía recuperar un derroche de horas ahogadas insensiblemente en la pura nada. He venido a este sanatorio para desintoxicarse del funesto placer del ocio ejercido, como quien prende fuego a algo y luego se divierte viéndolo quemar detrás de los cristales de su cuarto.

De Madrid a Sigüenza, pero mucho más desde Guadalajara, el paisaje alcañeño es un vivo y continuo recuerdo de Benjamín Palencia. Suaves entonaciones de color y suaves ondulaciones con caseríos lejanos pintados de blanco, casi agazapados bajo los hilos telegráficos, largos y ambiciosos, que intentan medir el cielo.

Me trae a Sigüenza, casi de la mano, el arquitecto Antonio Labrada, autor de ese poema romántico de piedra que es la catedral, porque él sólo fué capaz de levantarla otra vez en medio de las ruinas y de la catástrofe de la guerra.

Tiene Labrada una casa abierta en Sigüenza. El cuarto que ocupó es más o menos un cuarto azoriniano, con una amplia chimenea que tiene boca de dragón repleta de llamas. Porque, en verdad, hace frío en Sigüenza. Esta tarde hemos dado un paseo. Hemos visto allá arriba el castillo que está en lo más alto de la pirámide sobre la que se asienta la ciudad. El castillo más parece de leyenda que de otra cosa. Uno, que viene del asfalto y que ha entretenido sus veinte años primeros a la orilla de las playas del Cantábrico, no podía imaginarse apenas que los castillos existían de manera tan realista, hasta el punto de que podía uno ir y tocarlos por las buenas, sin que nadie nos impidiese el antojo de subirnos a las torres y empezar a tirar piedras desde las almenas. En verdad, la vida le guarda a uno inesperados y gratos acontecimientos. En verdad que la vida es a veces cortés y complaciente.

Los barrios han llegado a sugestionarme. El de la Morería y el de la Judería. En una calle de este último, todavía con reverberos de aceite en las esquinas, estaba un caballo negro atado a la puerta de una casa misteriosa de ventanas enrejadas, altas, desconfiadas. Más allá, unos niños jugaban sentados en medio de la calle. Las caballerías pasaban junto a ellos y los niños seguían en sus juegos tranquilamente.

Por la noche fuimos a un circo. Subíamos casi contando los guijarros redondos de la calle, con una fatiga descarada de señoritos de celofán que ni siquiera se han mojado. La noche de Sigüenza es todo un espectáculo bajo las estrellas de una Palestina inventada. El reloj, severo y ceremonioso, de la catedral nos contaba en alta voz las

horas, como recriminando nuestra noche a pájaros.

En el circo los viejos campesinos habían ido provistos de gruesas zamarras y de bufandas interminables, que les rodeaban el cogote hasta el cansancio, sin que asomase en ellos la más mínima muestra de asfixia.

El espectáculo del circo nos ahogó la noche en una tristeza grande, porque asistíamos en cierto modo al fracaso de aquello que divirtió más nuestra niñez. Y, mientras tanto, los seguntinos retan lo que pasaba en la pista del circo, con una risa medieval que no ha ido al cine mudo ni se ha enterado de que existía Charlot en el mundo.

Era desconcertante ver cómo triunfaba allí, en plena vigencia, un humor y unos trucos que ya estaban para la civilización más que en desuso. Andábamos por el círculo dando vueltas al revés, como pescado que se muerde la cola. Era el desencanto de lo que en la niñez fué para nosotros una torre de mazapán, un soñar entre dos sueños, las vísperas de aquellas tardes en que iban a llevarnos al circo.

Sigüenza está casi bajo la ventana en que estamos asomados tímidamente. Se ve, allá abajo, la Alameda, parque oficial donde se pasea en verano. Ahora, desde aquí, tiene un cierto aire de jardín de franciscanos. En el medio hay un aguaducho que se abre únicamente en verano, y que ahora, en otoño, está triste, como los quioscos de la música que se quedan en los parques como con los ojos entornados, entreteniendo su soledad con el recuerdo del verano.

Esta tarde hemos visitado la catedral, esa fantasía de piedra labrada, que más bien parece una lámina de Gustavo Doré, una catedral que saliese de las raíces de un árbol monumental.

Además de parecernos una de las catedrales más impresionantes de España, ésta de Sigüenza tiene algo de templo encantado porque hemos visto de qué triste manera quedó después de nuestra guerra, y si ahora no la viésemos con nuestros ojos creeríamos que era un sueño incongruente por el que pasábamos. Sólo el amor natal y la juventud de Antonio Labrada, unidas al natural talento, pudieron llevar a cabo una labor de tanta envergadura como lo es la de poner en pie esta obra que ahora vemos y contemplamos, perfecta y celosamente llevada.

Hemos estado un momento al pie del enterramiento del doncel de Sigüenza, del joven Martín Vázquez de Arce, lampiño y héroe, muerto de un balistazo en la vega de Granada, cuando luchaba con el ilustre duque del Infantado.

Mañana quizá volveré otra vez al pie del enterramiento del doncel de Sigüenza, que, como joven intelectual, es posible que merezca una entrevista.